Literatura hispanoamericana

EL SUBSTITUTO

Leopoldo Alas
(Clarín)
(1852-1906)

EL SUBSTITUTO

Leopoldo Alas
(Clarín)

Tomado de:
Cuentos morales

Mordiéndose las uñas de la mano izquierda, vicio en él muy viejo e indigno de quien aseguraba al público que tenía un plectro, y acababa de escribir en una hoja de blanquísimo papel:

Quiero cantar, por reprimir el llanto,
tu gloria, oh patria, al verte en la agonía…

digo, que mordiéndose las uñas, Eleuterio Miranda, el mejor poeta del partido judicial en que *radicaba* su musa, meditaba malhumorado y a punto de romper, no la lira, que no la tenía, valga la verdad, sino la pluma de ave con que estaba escribiendo una oda o elegía (según saliera), de encargo.

Era el caso que estaba la patria en un grandísimo apuro, o a lo menos así se lo habían hecho creer a los del pueblo de Miranda; y lo más escogido del lugar, con el alcalde a la cabeza, habían venido a suplicar a Eleuterio que, para solemnizar una fiesta patriótica, cuyo producto líquido se aplicaría a los gastos de la guerra, les escribiese unos versos bastante largos, todo lo retumbantes que le fuera posible, y en los cuales se hablara de Otumba, de Pavía.., y otros generales ilustres, como había dicho el síndico.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Aunque Eleuterio no fuese un Tirteo ni un Píndaro, que no lo era, tampoco era manco en achaques de malicia y de buen sentido, y bien comprendía cuán ridículo resultaba, en el fondo, aquello de contribuir a salvar la patria, dado que en efecto zozobrase, con endecasílabos y heptasílabos más o menos parecidos a los de Quintana.

Si en otros tiempos, cuando él tenía dieciséis años y no había estado en Madrid ni era suscriptor del *Fígaro* de París, había sido, en efecto, poeta *épico*, y había *cantado* a la patria y los intereses morales y políticos, ahora ya era muy otro y no creía en la epopeya ni demás clases del género *objetivo*; no creía más que en la poesía íntima... y en la prosa de la vida. Por ésta, por la prosa de los garbanzos, se decidía a pulsar la lira pindárica; porque tenía echado el ojo a la secretaría del Ayuntamiento, y le convenía estar bien con los regidores que le pedían que *cantase*. Considerando lo cual, volvió a morderse las uñas y a repasar lo de

Quiero cantar, por reprimir el llanto,
tu gloria, oh patria, al verte en la agonía...

Y otra vez se detuvo, no por dificultades técnicas, pues lo que le sobraban a él eran consonantes en *anto* y en *ía*; se detuvo porque de repente le asaltó una idea en forma de recuerdo, que no tardó en convertirse en agudo remordimiento. Ello era que más adelante, al final que ya tenía tramado, pensaba *exclamar*, como remate de la oda, algo por el estilo:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Mas ¡ay!, que temerario
en vano quise levantar el vuelo,
por llegar al santuario
del patrio amor, en la región del cielo.

Mas si no pudo tanto
mi débil voz, mi pobre fantasía,
corra mi sangre, como corre el llanto,
en holocausto de la patria mía.

¡Guerra! no más arguyo...
el plectro no me deis, dadme una espada:
si mi vida te doy,

no te doy nada,
patria, que no sea tuyo;

porque al darte mi sangre derramada,
el ser que te debí te restituyo.

Y cuando iba a quedarse muy satisfecho, a pesar del asonante de *santuario* y *tanto,* que algo le molestaba, sintió de repente, como un silbido dentro del cerebro, una voz que gritó: ¡Ramón!

Y tuvo Eleuterio que levantarse y empezar a pasearse por su despacho; y al pasar enfrente de un espejo notó que se había puesto muy colorado.

—¡Maldito Ramón! Es decir... maldito, no, ¡pobre! Al revés, era un bendito.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Un bendito... y un valiente. Valiente... gallina. Pues Gallina le llamaban en el pueblo por su timidez; pero resultaba una gallina valiente; como lo son todas cuando tienen cría y defienden a sus polluelos.

Ramón no tenía polluelos; al contrario, el polluelo era él; pero la que se moría de frío y de hambre era su madre, una pobre vieja que no tenía ya ni luz bastante en los ojos para seguir trabajando y dándoles a sus hijos el pan de cada día.

La madre de Ramón, viuda, llevaba en arrendamiento cierta humilde heredad de que era propietario don Pedro Miranda, padre de Eleuterio. La infeliz no pagaba la renta. ¡Qué había de pagar si no tenía con qué! Años y años se le iban echando encima con una deuda, para ella enorme. Don Pedro se aguantaba; pero al fin como los tiempos estaban malos para todos, la contribución baldaba a chicos y grandes; un día *se cargó de razón,* como él dijo, y se plantó, y aseguró que ni Cristo había pasado de la cruz ni él pasaba de allí; de otro modo, que María Pendones tenía que pagar las rentas atrasadas o... dejar la finca. "O las rentas o el desahucio." A esto lo llamaba *disyuntiva* don Pedro, y María *el acabose*, el fin del mundo, la muerte suya y de sus hijos, que eran cuatro, Ramón el mayor.

Pero en esto le tocó la suerte a Eleuterio, el hijo único de don Pedro, el mimo de su padre y de toda la familia, porque era un estuche que hasta tenía la gracia de escribir en los periódicos de la corte, privilegio de que no disfrutaba ningún otro menor de edad en el pueblo. Como no mandaban entonces los del partido de Miranda, sino sus enemigos, ni en el Ayuntamiento ni en la

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

diputación provincial hubo manera de declarar a Eleuterio inútil para el servicio de las armas, pues lo de poeta lírico no era exención suficiente; y el único remedio era pagar un dineral para librar al chico. Pero los tiempos eran malos; dinero contante y sonante, Dios lo diera; mas ¡oh idea feliz!

"El chico de la Pendones, el mayor... ¡justo!" Y don Pedro cambió la disyuntiva de marras y dijo: o el desahucio o pagarme las rentas atrasadas yendo Ramón a servir al rey en lugar de Eleuterio. Y dicho y hecho. La viuda de Pendones lloró, suplicó de rodillas; al llegar el momento terrible de la despedida prefería el desahucio, quedarse en la calle con sus cuatro hijos, pero con los cuatro a su lado, ni uno menos. Pero Ramón la Gallina, el enclenque sietemesino, alternando entre las tercianas y el reumatismo, tuvo energía por la primera vez de su vida, y a escondidas de su madre, se vendió, liquidó con don Pedro, y el precio de su sacrificio sirvió para pagar las rentas atrasadas y la corriente. Y tan caro supo venderse, que aún pudo sacar algunas pesetas para dejarle a su madre el pan de algunos meses... y a su novia, Pepa de Rosalía, un guardapelo que le costó un dineral, porque era nada menos que de plata sobredorada.

¿Para qué quería Pepa el pelo de Ramón, un triste mechón pálido, de hebras delgadísimas, de un rubio de ceniza, que estaban vociferando la miseria fisiológica del sietemesino de la Pendones? Ahí verán ustedes. Misterios del amor. Y no le quería Pepa por el interés. No se sabe por qué le quería. Acaso por fiel, por constante, por sincero, por humilde, por bueno. Ello era que, con escándalo de los buenos mozos del pueblo, la

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

gallarda Pepa de Rosalía y Ramón la Gallina eran novios. Pero tuvieron que separarse. Él se fue al servicio: a ella le quedó el guardapelo, y de tarde en tarde fue recibiendo cartas de puño y letra de algún cabo, porque Ramón no sabía escribir, se valía de amanuense, pocas veces gratuito, y firmaba con una cruz.

Éste era el Ramón que se le atravesó entre ceja y ceja al mejor lírico de su pueblo al fraguar el final de su elegía u oda a la patria. Y el remordimiento, en forma de sarcasmo, le sugirió esta idea: "No te apures, hombre; así como don Quijote concluía las estrofas de cierta poesía a Dulcinea, añadiendo el pie quebrado *del Toboso,* por escrúpulos de veracidad, así tú puedes poner una nota a tus ofrecimientos líricos de *sangre derramada,* diciendo verbigracia:

Patria, la sangre que ofrecerte quiero,
en lugar de los cantos de mi lira,
no tiene mío más, si bien se mira,
que el haberme costado mi dinero.

¡Oh, cruel sarcasmo! ¡Sí, terrible vergüenza! *¡Cantar* a la patria mientras el pobre Gallina se estaba batiendo como el primero, allá abajo, en tierra de moros, en lugar del *señorito!*"

Rasgó la oda, o elegía, que era lo más decente que, por lo pronto, podía hacer en servicio de la patria. Cuando vinieron el alcalde, el síndico y varios regidores a recoger los versos, pusieron el grito en el cielo al ver que Eleuterio los había dejado en blanco. Hubo alusiones embozadas a lo de la secretaría; y tanto pudo el miedo a perder la esperanza del destino, que el

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

chico de Miranda tuvo que obligarse a *sustituir* (terrible vocablo para él) los versos que faltaban con un discurso improvisado de los que él sabía *pronunciar* tan ricamente como cualquiera. Le llevaron al teatro, donde se celebraba la fiesta patriótica, y habló en efecto; hizo una paráfrasis en prosa, pero en prosa mejor que los versos rotos de la elegía u oda desgarrada. Entusiasmó al público; se llegó a entusiasmar él mismo de veras; en el patético epílogo se le volvió a presentar la figura pálida de Ramón... y mientras ofrecía, entre vivas y aplausos de la muchedumbre, *sellar* con su sangre, si la patria la necesitaba, todas aquellas palabras de amor y sacrificio, se juraba a sí propio, por dentro, echar a correr aquella misma noche camino de África, para batirse al lado de Ramón, o como pudiera, en clase de voluntario.

Y lo hizo como lo pensó. Pero al llegar a Málaga para embarcar, supo que entre los heridos que habían llegado de África dos días antes, estaba en el hospital un pobre soldado de su pueblo. Tuvo un presentimiento; corrió al hospital, y... en efecto, vio al pobre Ramón Pendones próximo a la agonía.

Estaba herido, pero levemente. No era eso lo que le mataba, sino lo de siempre: la fiebre. Con la mala vida de campaña, las tercianas se le habían convertido en no sabía qué fuego y qué nieve que le habían consumido hasta dejarle hecho ceniza. Había sido durante un mes largo un *héroe de hospital.* ¡Lo que había sufrido! ¡Lo mal que había comido, bebido, dormido! ¡Cuánto dolor en torno; qué tristeza fría, qué frío intenso, qué angustia, qué *morriña!* Y ¿cómo había sido lo de la herida? Pues nada; que una noche, estando de guardia, y con una... que

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

llamaban *desintería* que no se podía tener, se había separado un poco de su puesto, así, como... por decencia por no apestarse a sí mismo después, y allí, acurrucado, en un rayo de luna... ¡zas!, un morito le había visto, al parecer, y, lo dicho, ¡zas!... había hecho blanco. Pero en blando. Total nada; aquello nada. Pero el frío, la fatiga, los sustos, la tristeza, ¡aquello sí!... y la fiebre, la reina de sus males, le mataba sin remedio.

Y murió Ramón Pendones en brazos del *señorito*, muy agradecido y recomendándole a su madre y a su novia.

Y el señorito, más poeta, más *creador* de lo que él mismo pensaba, pero poeta épico, *objetivo*, salió de Málaga, pasó el charco y se fue derecho al capitán de Ramón, un bravo de talento, y buen corazón y fantasía, y le dijo:

—Vengo de Málaga; allí ha muerto en el hospital Ramón Pendones, soldado de esta compañía. He pasado el mar para ocupar el puesto del difunto. Hágase usted cuenta que Pendones ha sanado y que soy Pendones. Él era mi *sustituto*, ocupaba mi puesto en filas y yo quiero ocupar el suyo. Que la madre y la novia de mi pobre sustituto no sepan *todavía* que ha muerto; que no sepan jamás que ha muerto en un hospital, oscuramente, de tristeza y de fiebre...

El capitán comprendió a Miranda.

—Corriente —le dijo— por ahora, usted será Pendones; pero después, acabándose la guerra... ya ve usted...

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Oh, eso queda de mi cuenta —replicó Eleuterio.

Y desde aquel día Pendones, dado de alta, respondió siempre otra vez a la lista. Los compañeros que notaron el cambio celebraron la idea del *señorito,* y el secreto del sustituto fue el secreto de la compañía.

Antes de morir, Ramón había dicho a Eleuterio cómo se comunicaba con su madre y su novia. El mismo cabo que solía escribirle las cartas, escribía ahora las que le dictaba Miranda, que también las firmaba con una cruz; pues no quería escribir él por si reconocían la letra en el pueblo.

—Pero todo eso —preguntaba el cabo amanuense—, ¿para qué les sirve a la madre y a la novia si al fin han de saber?...

—Deja, deja —respondía Eleuterio ensimismado—. Siempre es un respiro... Después... Dios dirá.

La idea de Eleuterio era muy sencilla, y el modo de ponerla en práctica lo fue mucho más. Quería pagar a Ramón la vida que había dado en *su lugar;* quería ser sustituto del sustituto y dejar a los seres queridos de Ramón una buena herencia de fama, de gloria y algo de provecho.

Y, en efecto, estuvo acechando la ocasión de portarse como un héroe, pero como un héroe de veras. Murió matando una porción de moros, salvando una bandera, suspendiendo una retirada y convirtiéndola, con su glorioso ejemplo, en una victoria esplendorosa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

No en vano era, además de valiente, poeta y más poeta épico de lo que él pensaba: sus recuerdos de la *Ilíada,* del *Ramayana,* de la *Eneida,* de *Los Lusiadas*, de la *Araucana,* del *Bernardo,* etcétera, etcétera, llenaron su fantasía para inspirarle un *bell morir*. Hasta para ser héroe, artista, dramático, se necesita imaginación. Murió, no como hubiera muerto el pobre Ramón en su caso, sino con *distinción,* con elegancia; su muerte fue sonada; no pudo ser un héroe anónimo; y, aunque simple soldado, su hazaña y glorioso fin llamaron la atención y excitaron el entusiasmo de todo el ejército; el general en jefe le consagró públicos y solemnes elogios; se le ascendió después de muerto; su nombre figuró en letras grandes en todos los periódicos, diciendo: "Un héroe: Ramón Pendones"; y para su madre hubo el producto de una cruz *póstuma,* pensionada, que la ayudó, de por vida, a pagar la renta a don Pedro Miranda, cuyo único hijo, por cierto, había muerto también, probablemente en la guerra, según barruntaban los del pueblo, pero sin que se supiera cómo ni dónde.

Cuando el capitán, años después, en secreto siempre, refería a sus íntimos la historia, solían muchos decir:

"La abnegación de Eleuterio fue exagerada. No estaba obligado a tanto. Al fin, el otro era sustituto; pagado estaba y voluntariamente había hecho el trato."

Era verdad. Eleuterio fue exagerado. Pero no hay que olvidar que era poeta; y si la mayor parte de los señoritos que pagan soldado, un soldado que muera en la guerra, no hacen lo que

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Miranda, es porque poetas hay pocos, y la mayor parte de los señoritos son prosistas.

FIN

Material autorizado sólo para consulta con fines educativos, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar invariablemente como fuente de la información la expresión "Edición digital. Derechos Reservados. Biblioteca Digital © **Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE**".